



FELIPE SANTOS, SDB

LA DEDICACIÓN DE LA BASÍLICA DE LETRÁN

**“Destruid este templo, y en tres días lo levantaré”
(Jn 2,19)**

Jesús echa fuera del recinto del templo a los animales y pronuncia una palabra profética: Él es el nuevo templo, el lugar del encuentro del ser humano y Dios. Jesús te invita a entrar en su presencia y a adorar a Dios en espíritu y en verdad.

Señor, yo quiero entrar en tu santuario. Dame manos limpias, un corazón puro, enséñame a amar. Tu sangre me limpia, tu Palabra me abrasa, tu Espíritu Santo inunda mi ser.

Juan sitúa el relato en Jerusalén durante la fiesta de la Pascua. En el Templo se sacrificaban las ofrendas traídas por los peregrinos, que eran muchas. El Templo era la sede del poder religioso, político y económico, lugar donde se reunía el Gran Consejo (Sanedrín) y se guardaba dinero.

Jesús encontró en el Templo a los vendedores, y a los cambistas de monedas en sus puestos. No encuentra gente que busque a Dios, sino comercio. La fiesta se convierte en un medio de lucro para los dirigentes, pues el culto proporcionaba enormes riquezas para la

ciudad. Se cambiaba la moneda pagana por la del Templo, se compraban y vendían animales para el sacrificio.

La reacción de Jesús de expulsar a los mercaderes es la denuncia de un sistema que sustituye al Dios del Templo por el dios del comercio y del dinero. El culto se ha convertido en un pretexto para buscar riquezas, y ésta no es su función. La reacción de los judíos es preguntar por un signo, y Jesús se remite a la Resurrección, donde el Templo es él mismo, presencia visible de Dios. Sólo cuando él resucitó, sus discípulos lograron entender estas palabras suyas.